

# Bestiario





# **Bestiario**

**K-Ming Chang**

**Traducción de Javier Calvo**



## ÍNDICE

MADRE	Viaje al Oeste (I)	11
HIJA	Hu Gu Po (I)	25
HIJA	Niña calabaza	32
HIJA	Hu Gu Po (II)	50
HIJA	Hu Gu Po (III)	65
HIJA	Hu Gu Po (IV)	76
HIJA	Bestiario	95
HIJA	Fecha de nacimiento	120
HIJA	Vuelta a Ben	132
ABUELA	Carta I: En la que el río no responde	142
HIJA	Mazu	147
ABUELA	Carta II: En la que nos comemos las nubes	167
HIJA	Parábola del pirata	170
ABUELA	Carta III: En la que se ata un nudo	195
ABUELA	Carta [ ]: En la que conduzco yo	199
MADRE	Viaje al Oeste (II)	204
HIJA	De vuelta a Ben	234
ABUELA	Carta V: En la que te pongo nombre	237
MADRE	La luna es un conejo (I)	246
HIJA	La luna es un conejo (II)	267
HIJA	Parto de pájaro	294

*Para MaMa*

El nombre del río es lo que dice.

LI-YOUNG LEE

Tenemos aquí muchas dudas detalladas.

MAXINE HONG KINGSTON



# MADRE

## Viaje al Oeste (I)

o Historia para mi hija con lección incluida  
(Moraleja: nunca entierres nada)

Ba no sabe dónde enterró el oro. Ma lo persigue y lo golpea con el cucharón de la sopa. Nunca has estado en un funeral, pero se parece mucho a esto: los cuatro en el patio de atrás, cavando cuando ya no tenemos sombras. Una pala para Ba, un cucharón de servir sopa para Ma y una cuchara que compartimos Jie y yo. Cavamos con lo que no queremos: orinales, un desatascador de retretes, las manos con las que rezamos. Hasta usamos las espátulas que nos regalaron las señoras de la iglesia, después del debate que celebraron durante días para decidir si los orientales usamos espátulas. Decidieron que no las usábamos, pero que deberíamos. De ahí nuestra colección de espátulas de distintos tamaños, metales y colores. Ma las confundía con matamoscas. Las usaba para darnos azotes, eligiendo la espátula correspondiente en base a la gravedad de nuestro crimen. Da gracias a que contigo solo uso las manos.

Veo la forma en que mueves las manos, sin preocupaciones, pero algún día enterrarán algo. Algún día esta historia se abrirá como una navaja. Tus manos planearán cavar hoyos, y cuando los caven, no vendré a rescatarte.

Nunca has estado en este año, de forma que déjame que lo viva por ti: 1980 dura tanto como la lluvia. Lluve al estilo de Arkansas, acribillando el suelo en plan tiroteo. Años después de esta historia, nacerás tú en una ciudad que es lo contrario, un sitio donde la única lluvia fiable es la que meas. Te estarás preguntando por qué tu abuelo enterró su oro y después se olvidó, y mi respuesta es que tiene la cabeza llena de serpientes en vez de sesos. Se le han agotado las existencias de recuerdos. Una vez se meó por todo el patio y seguimos los riachuelos de sus meados por el suelo. Rezando para que confluyeran en la tumba del oro. El oro de su vejiga nos guiaría hacia su pariente enterrado. Pero el río de sus meados fue directamente a la casa y la inundó de luz del sol fermentada.

Cuando las mujeres de la iglesia vienen a traernos platillos de terrones de azúcar y un bote de miel oscura como el meado, mi madre les dice que los orientales no endulzamos el té. No endulzamos nada. Preferimos lo salado, lo agrio y lo amargo, ingredientes activos de la sangre, el semen y la bilis. Los sabores corporales.

Ba dice que no tardará en encontrar el oro. Ma le vuelve a pegar, esta vez con unos zapatos de tacón alto (también regalo de las mujeres de la iglesia). Ba dice que los pájaros le dirán dónde lo enterró todo. Ma le tira una maceta a la cabeza (las semillas vienen de las mujeres de la iglesia). Ba cava demasiado hondo y encuentra agua. Pero no es agua, es una tubería de aguas residuales y el casero nos dice que hemos de pagar los desperfectos. Nos pasamos el resto del

mes chapoteando por un río de mierda ajena, todavía convencidos de que Ba se acabará acordando, todavía convencidos de que la memoria es contagiosa. Si nos ponemos lo bastante cerca de él, captaremos lo que ha perdido.

El oro fue lo que se llevó Ba del continente a nuestra isla. Era el soborno que pagaban los soldados al mar que quería robarles sus cuerpos. Ba usó un lingote de oro de la anchura de su meñique para pagarse la travesía y se tragó el resto. El ácido de sus tripas tiñó el oro de color plateado.

En tiempos de guerra, la tierra se mide por los huesos que se pueden enterrar en ella. Las casas no valen más que las bombas que las destierran. El oro, en cambio, se puede gastar en cualquier país, en cualquier año y en cualquier más allá. El sol lo caga todas las mañanas. Ma lee mal el eslogan del reverso de las monedas americanas: En el oro confiamos. Por eso cree que somos compatibles con este país. Sigue creyendo que podemos comprar su confianza.

Al cabo de veinte años de apostar en la isla, Ba perdió todo el oro y trató de ganarlo una vez y otra y otra. Cuando se conocieron, Ma ya tenía tres hijas y un marido muerto que regresaba todas las semanas en forma de lluvia de resplandor blanco. Los lugareños decían que estaba echada a perder de cintura para abajo, pero que de cintura para arriba todavía era casadera. Llevaba una gruesa falda que la envolvía como si fuera una monja. Ma donó sus tres hijas a sus padres y parió a dos nuevas con Ba.

Yo soy la segunda de las nuevas. Somos las dos con las que se quedó. Las dos a las que trajo aquí y a las que pegaba.

Cuando Ma se casó con él, Ba le llevaba veinte años. Coge el número de años que has vivido fuera de mi cuerpo

y plántalos como si fueran semillas, hasta que se multipliquen por dos: ese era el bosque de años que crecía entre tu abuela y tu abuelo. Pero Ma no medía su vida en años, sino en idiomas: atayal y criollo de Yilan en aquellos campos de color añil en los que había nacido con el culo azul y ojos de pez; japonés durante la guerra; y mandarín en la ciudad comida por los nacionalistas. Y todos aquellos idiomas los lucía sobre el cuerpo, como collares en torno al cuello. Una vez, Ba le pidió que le enseñara a escribir el alfabeto atayal que había aprendido de los misioneros. Ella le dijo que sus manos no estaban hechas para escribir: estaban soldadas para la guerra, y solo servían para empuñar pistolas y para agarrarse la polla. A Jie le hizo gracia, pero no se rio. Yo también tengo esas manos. Cuando naciste, vi en ti demasiadas cosas de tu abuelo: el mismo nacimiento del cabello y los mismos dedos en forma de anzuelos, que se me enganchaban en el pelo, en la sombra, en el cielo. Siempre le enseñabas unos puños como lunas a los hombres, incluso a tu propio hermano, que una vez te intentó plantar en un macetero para que volvieras a crecer como árbol. Crees que los entierros buscan poner fin a las cosas que han muerto. Pero no: los entierros son principios. Para que algo crezca, primero le tienes que cavar una tumba a su semilla. Y prepararte para bautizar lo que nazca.

Ya hace décadas, en Yilan, Ba cagó su último lingote de oro, envuelto en limo y agua salada. Y lo enterró aquí, en este patio que nunca fue nuestro y lejos de donde naciste tú. A Ma le gustaba Arkansas porque sonaba a *Arca*, como la de Noé. Todas las palabras que sabe decir Ma en inglés son de la Biblia. La mayoría son monosílabos: *Lot*, *Job*, *luz*, *Dios*, *rey*.

La única forma que tenemos de encontrar el oro es reventarle el cráneo a Ba de un disparo y extraerle el recuerdo de dónde lo enterró. Ma lo intentó una vez. Le apuntó a la cabeza con la escopeta y dio un pisotón en la madera del suelo mientras decía *Pum*, convencida de que el recuerdo le evacuaría la cabeza. Pero lo que pasó fue que Ba se meó encima y a Jie le tocó fregar el suelo con un vestido. Al parecer, Ba necesita una guerra para motivarlo. No quiere desenterrar nada, a menos que haya una barca y una novia de por medio. Tenemos una semana para conseguir que venga una guerra a nuestra casa. Si no, dice Ma, el oro se quedará enterrado y le habremos dado todo lo que tenemos a esos árboles que lucen musgo como si fuera vello púbico.

Jie sugiere que colguemos a Ba de los pies, cabeza abajo, para que todos sus recuerdos remonten la corriente y se le acumulen en el cráneo. Tendríamos que encontrar la forma de desenroscarle la cabeza. Le digo que la cosa no funciona así, pero Jie estudia anatomía en la escuela secundaria que hay a quince kilómetros que aquí y le han enseñado a trazar el diagrama de un cuerpo, lo cual significa que me ha dibujado un pene con venas incluidas y hasta me ha enseñado un par de agujeros donde podría entrar. Se baja los pantalones para enseñármelos. Le pido que me enseñe adónde llevan mis agujeros, y me contesta que, si hurgo en la oscuridad que tengo entre las piernas, encontraré a un bebé esperando a que tiré de él y lo saque como si fuera un nabo (no te preocupes, a ti no te saqué hurgando así; te concebí a la manera carnívora).

Ma desprende varias tiras finas de madera blanda de nuestro abedul y las rocía con perfume para hacer incienso,

quemándolo en manojos. El humo ahuyenta a los mosquitos que se quieren casar con nuestra sangre.

Rezamos a Dios y a Guanyin, en ese orden. Rezamos para que el oro de Ba caiga como la lluvia o bien para que le crezcan un centenar de ramas y emerja temblando del suelo en forma de arbustos metálicos.

Nos planteamos otras estrategias: si cogemos prestada una excavadora, podremos levantar al jardín entero como si estuviera hecho de plumas. Pero para eso necesitamos nuestro dinero, y nuestro dinero está sepultado como un cadáver.

Junto al arroyo, Jie me enseña a leer pasajes de la Biblia. Nos sentamos bajo una arboleda engalanada de manzanas. Las ramas se ponen a aplaudir al viento y dejan caer lo que sostienen, provocándonos conmociones cerebrales con sus frutas duras como puños. La semana pasada, la lluvia nos abrió una vía de agua en el tejado y todo se inundó, de forma que ahora estamos secando la Biblia sobre la rama de un árbol, con las páginas aleteando como polillas. Solo sé pronunciar palabras sencillas, nada de nombres propios y nada de verbos. Jie dice que la clave de la fluidez es olvidar. Dice que necesito des-nombrar mi boca y hacer restallar la lengua como si fuera un látigo. Cuando pronuncio la palabra *boutique* con tres sílabas, Jie me tira boca abajo al barro.

Cuando me levanto de la orilla del río, me trago el barro que tengo en la lengua. Jie dice que una vez vio a dos chicas besándose en secreto en el arroyo. La oigo mal y entiendo que estaban lavando sus objetos en el arroyo. ¿Por

*qué?, le digo. Porque un dios las hizo quererlo, pero no les dio el nombre de lo que querían.* Creo que Ma es igual, incapaz de nombrar lo que necesita.

Jie y yo trepamos a los árboles y fingimos que somos monos, balanceándonos para robar los albaricoques del vecino como si fuéramos Sun Wukong robando un melocotón de la inmortalidad del jardín de los dioses. Sabemos que lo castigaron por ese crimen, pero no nos acordamos de cuál fue el castigo, de forma que nos tragamos los albaricoques enteros y sin piedad. Cagamos los huesos y cuando tiramos de la cadena los oímos traquetear por las tuberías de nuestro retrete. Ma no soporta lo sucias que vamos cuando volvemos del patio, pero es la típica que ve manchas en el cielo y trata de quitar hasta un moretón con lejía.

Hace dos meses, la gente de la iglesia nos instaló un retrete. La primera vez que lo usamos, nos pusimos en cuclillas encima con los pies sobre el asiento. Fue Jie quien nos dijo que lo estábamos usando mal: se suponía que teníamos que poner el culo dentro del círculo. No te rías; hubo un tiempo en que tú tampoco sabías. Te dije que el retrete era una oreja que usaba el mar para oír, y todavía hoy te veo con la cabeza dentro de la taza, conversando con otro país.

En la cafetería Old Colonial Diner, un chico enseña a Jie a fabricar un detector de metales con una radio, una escoba, cartón y cable de cobre. No pienso contarte todos los detalles, no sea el caso que tú también intentes construir una. A cambio de la lección, Jie le deja que meta los dedos

detrás de la cafetería. Jie se dedica a lavar los platos en el fregadero con el chico detrás hurgándole por dentro con tres dedos. Sus uñas se le enganchan en el vello púbico y Jie suelta un bufido, gira sin querer el grifo del agua caliente y se quema los callos.

Usamos el detector de metales en el jardín de nuestra casa para buscar el oro. Jie aguanta la escoba y yo la radio. El cable de cobre se enrolla en torno a las dos puntas de la escoba y la radio va pegada a un extremo, con la madeja de cable extra arrastrando por el suelo como una cola. Jie cambia la radio a AM y suenan las noticias matinales como si estuvieran estrangulado a alguien, todo estática, como si el mar sonara desde dentro de nuestras bocas.

Le imponemos disciplina a la tierra del suelo. La rastreamos en forma de hileras y yo las sigo. Caliento la radio con mi piel mientras suena el parte meteorológico: el cielo nos escupirá lluvia por la tarde y más lluvia mañana por la mañana. Jie roza el suelo con la escoba, pasando sus puntas partidas en semicírculos, chistándome aunque no estoy hablando. Cuando estemos cerca del metal, la radio gemirá con una voz distinta, una canción en la frecuencia del oro. No oigo nada hasta que la estática cuaja en forma de algo más agudo y áspero, parecido a la voz de Ma. *Cava aquí*, me dice Jie. Estamos en una parcela cuadrada de tierra donde no parece que las sombras sobrevivan. Cavamos con las manos desnudas, pero solo hemos llegado a la profundidad de un puño cuando nos encontramos con la cuchilla vieja de un cortacésped. La radio se pone a cantar en tres sitios más, pero cuanto más cavamos, más hemos de rendirnos a nuestras sospechas: el oro ya no

está. En su lugar: cinco balas usadas, un silbato para perros, la hoja de una sierra, unas cuantas moneditas, una cadena de bicicleta, una batidora de varillas y una chapa identificadora sin grabar. Las balas relucen como ojos de perros y las puntas de mis pies recuerdan cuándo se dispararon; su dolor de antaño todavía reside en mi espinazo.

Jie encuentra dos balas más y las añade a nuestra pila de chatarra. Nunca hemos visto el oro en persona, y ninguna de las dos lo dice, pero sabemos que ahí abajo no hay nada. La radio sigue sintonizada con la soprano del suelo, la estática es más potente ahí donde no hemos excavado nada más que oscuridad. Jie tira al suelo la escoba y la pisotea con los dos pies. Se rompe tan fácilmente como si fuera hueso. *Espero que no haya nada que encontrar*, dice Jie, aunque no estoy de acuerdo. Creo que es mejor tener algo que perder, por mucho que el oro haya acabado archivado junto con los huesos y las balas. Pero Jie dice que el oro está mejor enterrado, a salvo en su útero, mientras pasamos la vida esperando a que nazca. Jie y yo volvemos a enterrar todo lo que hemos encontrado. Tenemos la sensación de haber trastornado un cementerio, hurgando entre unas vidas que no nos corresponde a nosotras recordar. Me quedo con la chapa identificativa en blanco y prometo grabarle un nombre que sea digno de llevar a casa.

Encontramos a Ba en el dormitorio, tumbado boca abajo sobre el colchón y con la cara tan reluciente por las babas que parece confitada. *Mientras duerme*, dice Jie, *deberíamos detectarle metales en el cuerpo. Quizás todavía tenga el*

*oro enterrado dentro. Quizás se olvidó de cagarlo después de desembarcar.* Le paso el palo de escoba por encima de la panza, las manos, la cabeza, las caderas y los pies. Me acuerdo de la primera vez que nos enseñó la metralla. Un bordado de fragmentos de balas que le recorría la espalda, algunas de ellas visibles, la mayoría envainadas bajo la piel. Mientras dormía, les dimos golpecitos para ver si le dolían, pero ni siquiera se movió. Tenía escamas como si perteneciera a una especie híbrida: una armadura para protegerlo de Ma.

Cuando meneo la escoba, escaneándolo de la cabeza al culo y de vuelta a la cabeza, a Ba le canta el cuerpo entero. Con los cables echando humo, la radio entona cada nota, las agudas y las graves, traduciendo las balas que nuestro padre tiene bajo la piel en forma de canción que lo despierta. Abre los ojos y la metralla se magnetiza, elevándolo hasta nuestras manos. Pienso en bajar el palo de escoba hasta el cuerpo de Ba, golpeándolo con suavidad de melocotón, escrutándole los huesos frágiles como pajarillos en busca de ese oro que le debe de seguir dando vueltas en la barriga. Pero dentro de él no hay nada que podamos gastar, a menos que el dolor sea una moneda.

Ma ha empezado a tirar cosas por las ventanas, buscando ahora el oro dentro de nuestra casa. Sacamos todos los cristales de las ventanas para que no pueda seguir dándoles puñetazos, dejando hematomas en el cielo del otro lado. Ahora la lluvia no puede refrenarse de entrar. Los chaparrones son tan repentinos que no sabemos si vienen de

dentro o de fuera de nuestros cuerpos, si está lloviendo o si nos estamos meando encima.

Lo único que Ma no tira es la mesilla plegable de tres patas de la cocina, donde hay una foto solitaria de mis hermanastras, las que siguen en la isla, además de un pañuelo con una mancha de sangre madurada en tono castaño y un pedazo de jade blanco del tamaño de mi pulgar. Antes yo pensaba que todo aquello era un altar, pero Jie dice que los altares son para los muertos, mientras que nuestras hermanastras están tan vivas como las moscas que se alimentan de nuestros mocos cuando dormimos. Puede que una de ellas ya esté casada, o por lo menos embarazada. A otra todavía la están criando mis tías. Nunca has conocido a tus tías abuelas porque se mueren demasiado deprisa para acordarme de sus nombres: a la mayor le arrancó las piernas un tifón, así que la tenían que llevar todo el día a caballito, mientras que tu tía abuela más joven se dedicó a recolectar chiles hasta que se le llenaron las manos de semillas incrustadas y quemaba la piel de todo el mundo a quien tocaba.

En la foto de la mesilla plegable, Ma está embarazada de Jie y tiene cogidos a dos bebés como si fueran granadas sin la espoleta. Está esperando a que le hagan esa foto para poder tirarlos fuera del encuadre. De pie frente a ella hay una tercera niña con vestido blanco. La foto está demasiado deformada por la humedad para verles las caras, y la mayor de las niñas está atravesada por un manchón vertical como un árbol. Ma nunca habla de la foto ni tampoco de la mesilla, lo cual hace que la presencia de esas cosas todavía sea un castigo en mayor medida. Un día, a la hora de la cena,

Jie pregunta cómo se llaman esas niñas. Esa noche, Ma no la deja entrar en casa, y por la mañana nos encontramos a Jie encogida como un perro vagabundo sobre nuestro felpudo, con un brazo metido por la ranura del correo, como si hubiera intentado insertarse a sí misma como una hija de papel.

Ma se planta frente al no-altar con el pañuelo en el puño izquierdo y el pedazo de jade en el derecho. Sus puños son el dios al que mejor conocemos. En ningún momento mira la foto. Lo que hace es girarse hacia la ventana de la cocina y contemplar cómo los mosquitos se engordan como lunas. La luz le salpica todas las arrugas de la cara. Luego se pone a rezar a esas hermanas cuyos nombres no conozco. Sus plegarias carecen de dios.

Jie y yo nacimos ladronas. Nacimos para dejar huérfanas a nuestras hermanas a base de traer a nuestra madre a este país. Tú no entiendes esta historia del oro, la sensación de estar de luto por algo que podrías haber tenido. Al dolor de tu abuela le ha crecido un cuerpo. Lo coge en brazos como si fuera una criatura, a la que quiere más que a mí y a mi hermana, una criatura que no la dejará nunca.

Hoy se queja de estar casada con una boca de alcantarilla, con un agujero por el que se caen los recuerdos, con un hombre que solo ve el cielo que tiene encima. Pero Ba es más listo de lo que ella cree. La única vez que nos robaron, los ladrones no supieron que tenían que cavar. No encontraron nada que valiera la pena llevarse. Solo faltaba la puerta. Estábamos seguros de que se habían llevado algo más de la casa, pero no supimos qué buscar. ¿Cómo se busca una ausencia?